

la literatura, en los términos de apertura del mundo. Todo lo pequeño que compone un exterior o una realidad compleja se ve como un motivo de escritura. Abundancia es una buena forma de comprender el descubrimiento de los motivos, tantos y variados que el cronista carga una nueva tarea, concentrarse en una de las cosas de la realidad abundante. En buena medida, el cronista asume también el esfuerzo de quien medita.

Tejada en lo cotidiano el sustento de la expresión. La labor del cronista no se concentra en el momento de escritura; está mucho antes, en la práctica de una relación estrecha con la vida diaria, en el encuentro radical con las manifestaciones y cosas que suelen concebirse triviales, sin sentido o solo anécdotas. En todo lo que parece evidente y convencional, Tejada encuentra pensamiento, es decir, provoca que la vida sea en todo momento posibilidad de reflexionar luego de observar atentamente.

Sus meditaciones son ágiles, sin que esto signifique desprovisto de pensamiento. El cronista debe responder a un tiempo que se le impone, a la exigencia de tener constantemente motivos y decir salgo sobre ellos. Un caso ejemplar es la crónica “Meditaciones desde una ventana”, publicada en *El Espectador* el 15 de marzo de 1921: “Así, al menos pienso yo detrás de estos cristales húmedos [...]” (1989, 304).

Tejada fue un observador capaz de una visión inteligente y atrevida. La crónica en ocasiones es el formato del ensayo corto, del relato o de la meditación breve, es la herramienta para transitar la reflexión con crítica, alegría, desencanto, humor y valentía. Tejada defiende la inteligencia, incluso la inteligencia que no está en los libros, la que surge del vagabundeo y la pereza, la que nace en la conversación o en la observación de la ciudad.

Las crónicas de Tejada son piezas breves de delicia literaria y meditación filosófica. Su crónica “Los libros”, dedicada a la emoción que le produce la lectura del libro *La Atlántida* de Pierre Benoit, permite un último ejemplo de la destreza y la profundidad que el “pequeño filósofo de lo cotidiano” —como él mismo se llamó— alcanzó de las grandes cosas humanas que habitan en lo común y diario: “Os ruego que meditéis mucho en este precepto. La vida es a veces sencillamente maravillosa, casi irreal. Dentro de la escala infinita de los acontecimientos, el prodigio (es decir: lo inexplicable) se produce con frecuencia, pese a nuestra estupefacción” (1989, 165).

La sabiduría, que no es tarea de la crónica como sí de la filosofía, es lo que se transmite en algunas de las crónicas de Tejada. La reflexión de su tiempo, la vida de la tertulia y el vagabundeo, el elogio de la inactividad, el cultivo de la crítica y la rebeldía, todas estas características enseñan un tipo de crónica que contiene el bien decir y el afecto por el pensamiento.

Referencias

Loaiza, Gilberto. (2019). *Nueva antología de Luis Tejada*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
Tejada, Luis. (1977). *Gotas de Tinta*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
Tejada, Luis. (1989). *Mesa de redacción*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia y Biblioteca Pública Piloto.

Andrés Esteban Acosta

Trabaja en el área de Extensión en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. En 2024 publicó el libro *Fernando González: una filosofía vivencial* (Editorial Universidad de Antioquia).

La biblioteca como morada

No fue la biblioteca de un coleccionista preocupado por primeras ediciones y series. No, fue el lugar de un omnívoro lector, con criterios definidos. Su amor no era el fetiche, era el contenido de todas esas páginas que estaban reunidas en aproximadamente dos mil quinientos libros. Una última vuelta por la biblioteca de Elkin Obregón.

Luis Alberto Arango Puerta

La palabra que mejor definió a Elkin Obregón fue ecléctico. Era un conciliador de ideas, gustos, tendencias: un sibarita intelectual. Cómicos, arte, literatura, música, teatro, ajedrez. En esencia, un degustador, un excelso catador. Le era tan importante el cine como una buena receta, un buen lance del toreo o un bambuco.

Había un halo de sensualidad y sabor en su apreciación estética. Y esto le permitía hacer un excelente retrato de Orson Welles en acuarela o un artículo sobre León de Greiff, Audrey Hepburn o Edmundo Rivero; o una caricatura sin par de la selección Colombia del año 75 o una evocación de Calvin y Hobbes. Todo exquisito, pero en tono menor, vívido, sin pretensión intelectual. Como en un juego.

Y así era su biblioteca: el país de las maravillas. Todo su interés y sus apetencias moraban allí, en su zarzo de cristal, o de marfil, ¡qué sé yo!

En sus estanterías conversaban Bobby Fischer, Álvaro Cunquero, Lorenzo y Pepita, Mandrake el mago y Picasso. Benny Moré y Obdulio y Julián. El teatro de García Lorca y la saga completa de Monteiro Lobato. Y cuando decidió dedicarse a la traducción del portugués Brasil se metió en su vida, y sus anhelos se fijaron en la poesía, la novela, el cuento, amén del humor. Y esos libros entraron en su universo: Machado de Assis, Nérida Piñón, Rubem Fonseca, Chico Buarque, Manuel Bandeira, Guimarães Rosa.

La casa donde nació y murió Elkin Obregón tiene ciento diez años, es decir, es un patrimonio de ciudad. Una vez allí, luego de franquear unas estrechas escaleras, ingresamos a la mansarda, a la buhardilla del caricaturista, el lugar donde la conversación se hacía diversión porque los visitantes habían adquirido su visa de tertuliantes.

Nuestro primer golpe de vista fue una pequeña mesa de centro presidida por quien parecía nunca haberse movido de una silla que semejava el atril del director de orquesta, el señor de casa, que nos recibía cual canciller.

Lo más notorio estaba siempre a su derecha, y era su arrume de libros en ejercicio, sus lecturas diarias, que podían ser *El álbum de dibujos del New Yorker*, *La vida instrucciones de uso*, de George Perec, *Cantiga* de José Manuel Arango, o *Recetas de mis amigas* de Cecilia Faciolince; la revista *El Malpensante* y las *Gazaperas* de Argos. Todo era válido; la radiografía de la informalidad de su biblioteca.

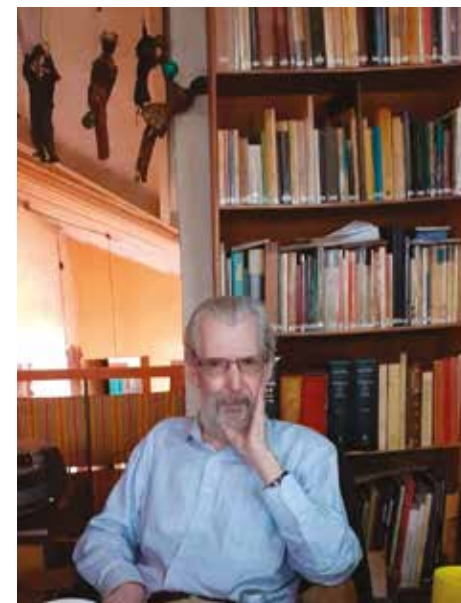
Ese desván era, prácticamente, su habitación en la casa; con-fabulación, si se quiere simbiosis, con sus gustos, sus rutinas; estudio de trabajo gráfico y literario, sala de recibo de amigos, cine y música, complementado por un singular sofá para sus placenteras siestas. Ese ático era su templo, una pátina de revol-tijo permanente que hacía que su dueño le llamara “el hoyo negro”, puesto que todo estaba allí, y no estaba, al mismo tiempo.

El viaje a sus libros era una aventura perfecta, como un safari para diletantes, cuyo único requisito era la curiosidad, la des-prevenición, el asombro. Allí se podían encontrar rarezas, como los cuatro tomos de la enciclopedia *Los Toros*, popularmente conocida como *El Cossío*, un tratado técnico e histórico sobre la tauromaquia desde sus orígenes; una edición de *Pinochio*, dedicada por Federico Fellini al crítico de cine Luis Alberto Álvarez, y que este a su vez regaló a Obregón, su gran amigo; una compilación de la revista de culto, novela gráfica, *Corto Maltese*, de Hugo Pratt; las *Décimas*, de Violeta Parra; la casi totalidad de la obra de Vladimir Nabokov, incluyendo un escaso y bello libro homenaje al escritor, *El encantador. Nabokov y la felicidad*, de Lila Azam; los libros de Andrés Trapiello, Antonio Machado y Alfonso Reyes. Una primera edición dedicada del libro *Este domingo*, de José Donoso; la traducción, que hizo para la Editorial Norma, de *Poema Sucio*, de Ferreira Gullar. Y una seguidilla de temas diversos: cine, crítica literaria, folclore, etc.

¿Cuál sería el primer libro de sus preferencias? Tal vez los libritos de la *Colección Calleja*, que el mismo Obregón denominaba “la antesala de los libros de verdad”. Libros de misterio y aventuras. *Sherlock Holmes*, *Sandokán* y todo el mundo del có-

mic: *La pequeña Lulú*, *Peter Pan*, *Tin Tin*, *Carlitos*, *El Fantasma*, *Mandrake el mago*, *Daniel el travieso*, conviviendo con Sal-gari y Julio Verne; las tiras de *Supermán*, *Batman*, *Roy Rogers* y *Spirit* (que él consi-deraba “un prodigio de narración, ima-gen y diseño”); las revistas argentinas *Pif Paf* y *Billiken*, y la chilena *El Peneka*. Y un autor muy mencionado y querido por él, Monteiro Lobato, influyente escritor brasileiro de literatura infantil, que su papá llevó a casa.

Con el paso del tiempo su biblioteca se pobló de los temas que serían su vida: arte, de todas las tendencias, literatu-ra, poesía, teatro y una miscelánea im-ponderable que traslucía su universalidad de intereses.



Elkin Obregón en su biblioteca.
Cortesía: Luis Alberto Arango.

Su condición de entendido, entusiasta bibliófilo, y sus oficios alternos de traductor, articulista, antologista y hacedor de cró-nicas, lo obligaron a tener un arsenal bien dotado: su acopio de libros y materiales diversos. Todo era trazado gracias a previas e intensas consultas. Todo en el zarzo: el testigo de ochenta años de existencia.

No era una biblioteca ejemplar, ni de revista, ni glamurosa. Era su biblioteca, *sui generis*, personal, única. Su “hoyo negro” cargado de contenidos, en plural. Cuando era interrogado por un ejemplar, el dedo de Obregón hacía cabriolas señalando, con insólita precisión, el lugar donde estaba el libro requerido. Jamás se paró de su silla a buscarlo.

Todo estaba en su memoria.

Borges decía que uno es también lo que ha leído, y Obregón añadía las películas vistas y las músicas oídas. Quiénes fre-cuentamos el altillo de cristal fuimos *Alfanhui*, de Sánchez Fer-loso; incursionamos en el nordeste brasileiro gracias a *Gran Serton: Veredas*, de Guimaraes Rosa y en *La plaza del diamante*, de Merce Rodoreda; fuimos Yul Brynner en *Los siete magníficos*, y leímos, cantamos y gozamos *Funeral de un labrador* de Chico Buarque y *En el tronco de un árbol*, considerado el primer bolero cubano de la historia. Botones de muestra de nuestros involvi-dables encuentros semanales durante cincuenta años.

7.

Un punto de reunión, semisecreto, donde literalmente se hablaba de todo. Una isla rodeada de libros, de opiniones, música, cine, ajedrez, humor; envidiada y envidiable. Un refugio de bohemios en periodo de prueba y otros pasados de añejamiento.

No fue la biblioteca de un coleccionista preocupado por primeras ediciones y series. No, fue el lugar de un omnívoro lector, con criterios definidos. Cuestionado por el destino de sus libros, de su cardumen, con la sinceridad de un estoico, Obregón contestó: "Que hagan con ellos lo que quieran". Su amor no era el fetiche, era el contenido de todas esas páginas que estaban reunidas en aproximadamente dos mil quinientos libros.

3.

9.

A quienes nos tocó la exhumación, el levantamiento literal de sus materiales para ser puestos en un lugar visible al público, fuimos testigos de una vida dedicada al gozo del dibujo, la escritura, la traducción, la cinefilia. Allí convivieron con sus primeros borradores, sus cómics amados, sus libros de tauromaquia, sus títeres, sus tableros de ajedrez, sus ediciones dedicadas por autores conocidos, su música, sus películas, sus revistas, sus chécheres.

La biblioteca era Elkin Obregón. Conversar con él era entrar a una biblioteca oral, después de lo cual ya no se era el mismo.

Luis Alberto Arango Puerta

Medellín. Administrador, disquero, "tabernícola" y librero, su oficio más persistente y feliz. Fue columnista del desaparecido periódico *Bajo Techo*. Artículos suyos han sido publicados en el suplemento "Generación" de *El Colombiano*, en *El Tiempo* y *El Mundo*. Sus libros: *Desorden alfabético* (2012), *Antología bisiesta* (2015) y *Una razón suficiente* (2018). Socio administrador de la librería Palinuro.



Lo inefable y la mística cristiana en *La tragicomedia del padre Elías y Martina la velera*

Es sabido por lectores y estudiosos de la obra de Fernando González que el último de sus libros publicado en vida manifiesta el nivel más elevado en la evolución de su pensamiento. Este ensayo alcanza un acercamiento sobresaliente al meollo místico de su visión final de la vida.

Sergio Adrián Palacio Tamayo

La tragicomedia del padre Elías y Martina la velera (1962) fue el último libro publicado en vida de Fernando González. Se editó en dos tomos. Y se divide en tres actos: el primero, dedicado a Martín Heidegger; el segundo, a Fernando Rojas de Montalbán y Juan Pablo Sartre¹; y el tercero, a Juan XXIII. González la considera una trilogía agonística: 1. "El padre Elías amando": corresponde a la creación de la novela², es decir, a crear imaginaciones internas para vivenciar el viaje pasional, mental y espiritual que suscita la

¹ Fernando González españoliza el nombre de Jean Paul Sartre.

² Se aclara que González usa el término novela, pero no se refiere en ningún momento al género literario. Se toma como la imaginación de una escena interior que parte de experiencias personales. Miremos la definición que trae Elías: "Arreglo imaginario de 'una situación', con unas coordenadas o yoes abstraídos [Lucas de Ochoa, Mirócleles, Elías, otros] por la memoria-mente, poniéndolos a reaccionar entre sí en conjunto, en lugar y tiempo también imaginados. Que reaccionen 'lógicamente', o sea, según reglas sacadas de experiencias pasadas" (TRG I González, 1962, 57).

